

PALABRAS DEL DR. EUSEBIO LEAL SPENGLER*

Señor Presidente, Ilustres Académicos, en primer lugar quisiera agradecerle muchísimo, Don Guillermo, la oportunidad de poder saludar a los Ilustres Miembros de la Academia Nacional de la Historia. Al mismo tiempo significar el honor que para mí supone este breve momento junto a ustedes, más en un día tan señalado, en que uno de los notables de la cultura venezolana recibirá esa altísima distinción a que lo han hecho acreedor sus merecimientos. Quisiera decirles que, efectivamente, la religión académica, como podríamos llamarle a nuestra obra, a nuestro trabajo, supone la consagración, la dedicación al estudio y también la práctica de ese apostolado vehemente que, a través de la palabra o de la pluma, los historiadores realizan hoy día sirviéndose, además, de los medios modernos de difusión, para tratar de llevar noticias, inquietudes y elementos que susciten el culto no solamente por el pasado sino por las raíces que sostienen la cultura. Un antiguo proverbio chino decía que el árbol más grande y poderoso vive de lo que tiene debajo. Pienso que la Academia, los ilustres institutos académicos, son los que fomentan, además, esa posibilidad con su obra, con su brega y con el mérito reunido de los mismos académicos; que en este noble edificio de Caracas se puede apreciar no solamente la paz que supone el Palacio que ocupan las Academias sino también los retratos, bustos, bibliotecas, recuerdos y documentos que nos inspiran a creer que nuestro trabajo no es inútil sino, al contrario, un trabajo que merece el reconocimiento público y que a lo largo del tiempo, desde las épocas más pretéritas hasta nuestros días, siempre, la labor del historiador, la labor del cronista, la labor del hombre que dice, exalta, alienta, conserva y guarda la memoria de los demás es realmente una labor útil.

Le agradezco profundamente a los académicos por su paciencia con este breve mensaje de lo que es todo ya sabido pero quisiera, una vez más, reiterarles, en nombre de todos los historiadores cubanos, de los miembros de nuestras Academias históricas y fundamentalmente de todos aquellos que realizamos trabajos de investigación, de reanimación, siguiendo la huella de nuestros tan ilustres y tan conocidos por ustedes, como Fernando Ortiz, Emilio Roig de Lenzaclín, José Luciano Franco, por solamente citar algunos, nuestro deseo de que puedan continuar, como hasta ahora, realizando lúcida y brillantemente, el empeño que usted (Dr. Morón) representó tan bien en La Habana, cuando le escuché uno de sus más brillantes discursos pronunciados precisamente en ocasión de la colocación

* Historiador de la ciudad de La Habana, Cuba.

de la piedra de la casa que conmemora el paso del Libertador por La Habana, el 25 de marzo de 1799. En aquel día usted, Dr. Morón, nos dio elementos importantísimos para vislumbrar con más claridad lo que podríamos llamar las razones de la identidad americana, fundadas precisamente en las fuentes de la propia americanidad y en las fuentes de la hispanidad.

Concluyo diciendo unas palabras que desde que las leí me inspiraron, pero que pienso son la esencia de lo que usted, Dr. Morón, dijo aquel día. Son las palabras que el Libertador una vez señaló cuando dijo: "Nosotros somos un pequeño género humano (...) no somos indios ni europeos...".

Caracas, 1º de agosto de 1991.